

Pichegru mandaba el del Rhin. Su carácter rudo y su exterior republicano habian conquistado á este general la confianza de Robespierre, de Saint-Just y de Lebas. Estos hombres sombríos veian en Pichegru un hombre de una virtud y de una modestia antiguas, capaces de salvar á la república é incapaces de pensar en dominarla. El alma ambiciosa de Pichegru ocultaba bajo un profundo disimulo el pensamiento de dominio que germinaba ya en su mente.

El mando del ejército del Mosela, destinado á verificar su union con el de Pichegru, fué dado por Carnot al jóven general Hoche, á quien sus hazañas en el ejército del Norte habian señalado á la consideracion de la república. A los veintiseis años, Hoche, unida al ardor de la edad, poseia ya la madurez de los generales antiguos. El fuego de la revolucion ardia en su alma, y no veia en la gloria más que el esplendor de la libertad. Aceptó el mando como se acepta un deber, dando de buen corazon su vida á la república en pago del honor que le tributaba. Los soldados, que veian en él hasta dónde podian extender su ambicion, ratificaron con sus aclamaciones la eleccion del comité. En pocos dias comunicó á su ejército el fuego que abrasaba su alma. Con treinta mil hombres se lanzó á la cima de los Vosges, combatiendo al principio con fortuna y despues con desgracia á Kaiserslautern; hasta en su derrota se replegó honrado por los representantes, testigos de su juventud y de su valor, reunió algunos refuerzos de los Ardennes, volvió á probar fortuna, se arrojó sobre Werdt para atacar y destruir á Wurmser, aturdió á este general austriaco, rechazó su ala derecha, tomó sus posiciones, hizo prisionero un cuerpo considerable, y verificó su reunion con el ejército del Rhin.

Admirados Baudot y Lebas de la decision y de la fortuna de los movimientos de Hoche, le destinaron, con perjuicio de Pichegru, al mando de los dos ejércitos reunidos. Hoche atacó á la vez á los prusianos, que estaban en masa alrededor de Weissembourg, y á los austriacos, acampados frente del Lauter, entre Weissembourg y el Rhin. Desaix y Michaud, sus tenientes, se precipitaron sobre aquellas líneas, las destruyeron y entraron victoriosos en Weissembourg. Levantóse el bloqueo de Landau. Los austriacos repusieron el Rhin, y los prusianos se retiraron á Maguncia. El anciano duque de Brunswick, que los mandaba, dejó el mando, humillado de verse derrotado por un general de veintiseis años.

Pero despues de aquellas hazañas, que habian purgado el suelo de la república y puesto dos ejércitos en manos de un adolescente, la envidia se habia cebado en el general Hoche. Celosos Saint-Just y Robespierre por su ascendiente sobre las tropas, y cediendo á las insinuaciones de Pichegru, le habian arrebatado, como á Custine, del medio de su campamento. Enviado desde allí al ejército de los Alpes, Hoche fué preso de nuevo á su llegada á Niza. Le llevaron á Paris, y fué encerrado en los Carmelitas. Algunos dias despues, una orden más severa le hizo trasladar á la Conserjería, con las manos atadas como si fuese un vil criminal. En la época de que vamos hablando, hacía ya cinco meses que yacía preso. El hombre que habia salvado la república, y que no tenia más crimen que su gloria, esperaba cada dia el suplicio por premio de los servicios tributados á su patria. Hoche se habia casado algunos meses ántes con una jóven de diez y seis años, que no tenia más dote que su amor, y estaba en correspondencia con ella por medio de billetes lacónicos que le hacía entregar burlando la vigilancia de sus carceleros. Vivía con la racion de la cárcel, y se vió precisado á vender su caballo

de batalla para mantenerse. Soportaba las privaciones, la indigencia, y hasta la perspectiva del suplicio, sin blasfemar ni aún interiormente de la república. «En estos gobiernos,—escribía á su esposa,—un general demasiado querido de los soldados que manda, es justamente sospechoso á los que gobiernan, como sabes. Es cierto que la libertad podria correr peligro por la ambicion de semejantes hombres, si fuesen ambiciosos; pero yo... No importa; mi ejemplo podrá ser útil á la causa pública. Despues de haber salvado á Roma, Cincinnato volvió á arar su campo; como él amo á mi patria, y yo no puedo sino volver á las filas de donde la casualidad y mi trabajo me han hecho salir, demasiado pronto para mi tranquilidad.»

«Si tú lees—le decia en otra carta—la historia de las repúblicas antiguas, verás que la maldad de los hombres atormenta á todos los que como yo han servido bien á la patria.»

Estas cartas confidenciales de Hoche respiran el sentimiento de la antigüedad. En un tiempo en que la impiedad filosófica unida á la ligereza soldadesca borraba de la lengua y del corazon los sentimientos religiosos, admira el ver á un jóven héroe de la república elevar sin cesar su pensamiento al cielo, invocar á la Providencia, y hablar con un acento profundo á su mujer y á sus amigos de aquel gran Sér que le protege en los peligros, y al cual rendia su heroísmo como á origen de todo beneficio.

Estos meses de prision y aquella sombra del cadalso hicieron de Hoche el héroe que debia dentro de poco ahogar la guerra civil, tanto por la generosidad como por la fuerza.

V

Despues de los cuarteles de invierno de 1793 á 1794, las demas fronteras presentaban la misma seguridad que las del Rhin. En Saboya, el general Dumas se apoderó de las alturas de los Alpes, y amenazaba desde la cumbre del San Bernardo y de Mont-Cenis á los piemonteses, aliados del Austria. El comité de salud pública meditaba la invasion de Italia. Massena y Serurier nos abrian paso á paso el acceso por el lado de Niza. Bonaparte, que no era todavía más que comandante de un batallon en aquel ejército, enviaba los planos á Carnot y á Barras. Aquellos planos revelaban en el jóven y desconocido oficial el genio futuro de la invasion.

En la Vendée, las columnas incendiarias de los republicanos llevaban por todas partes las llamas y la muerte. El general en jefe, Elbée, cayó en su poder y murió fusilado en Nantes.

En los Pirineos, el ejército español, privado por la muerte de sus dos generales Ricardos y O'Reilly, se cubria con el rio Ter de los ataques de Augereau, de Pérignon y de Dugommier. El viejo general Dagobert, impaciente por la inaccion á que estaba reducido en la Cerdaña, invadió á Cataluña, triunfó en Montelló, y espiró de fatiga en la Seo de Urgel, á la edad de setenta y ocho años. Despues de haber impuesto sobre sus conquistas ricas contribuciones que habia entregado fielmente en la caja del ejército, Dagobert murió sin otra riqueza que su uniforme y su sueldo. Los oficiales y soldados de su ejército se vieron obligados á escotar para subvenir á sus humildes pero gloriosos funerales. El general español conde de la Union, arrojado de posicion en posicion hasta la cumbre de los Pirineos, abandonó todos los valles y se retiró bajo el cañon de Figueras.

El rey de España proponía la paz, no poniendo más condiciones que la libertad de los hijos de Luis XVI y un modesto establecimiento para el Delfín en las provincias limítrofes de España. El comité de salud pública escribió al representante del pueblo que le había comunicado estas condiciones: «El cañón es el que debe responder. Avanzad y herid». Dugommier, obedeciendo á aquella orden, cayó vencedor, habiéndole deshecho la cabeza una granada. «Ocultad mi muerte á los soldados,—dijo á sus dos hijos y á los oficiales que le levantaron,—á fin de que la victoria consuele al ménos mi último suspiro.» Perignon, nombrado general en jefe en lugar de Dugommier, acabó de conseguir la victoria.

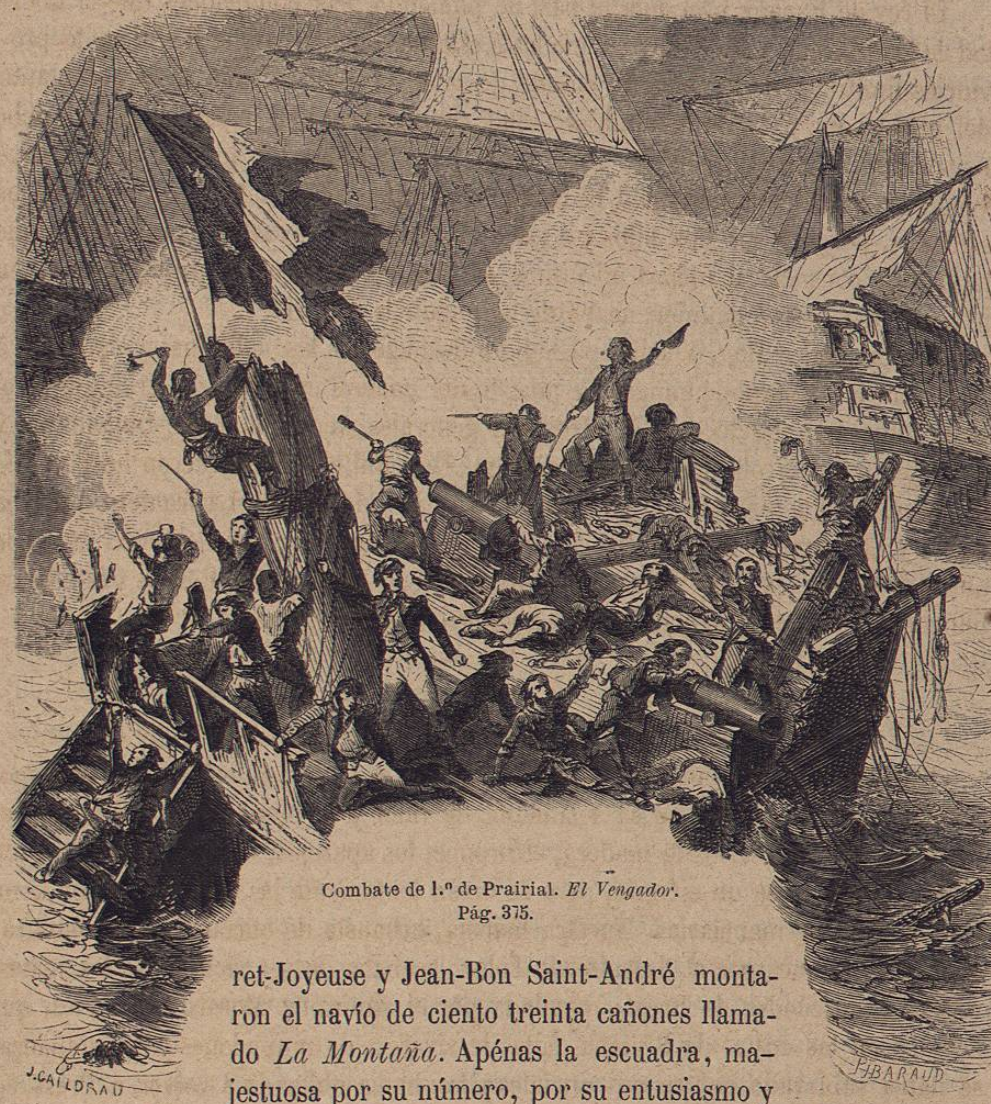
Los generales Bon, Verdier y Chabert deshicieron las columnas y cargaron á la bayoneta el campo enemigo. La muerte del general en jefe del ejército español en la toma del reducto, y la de otros tres generales, vengaron la de Dugommier y produjeron la derrota del ejército enemigo. Diez mil españoles fueron hechos prisioneros, y Figueras cayó en poder de Augereau y de Victor. La frontera quedaba libre, y el enemigo se retiraba en todas partes ante la constancia y el valor de nuestros batallones. La obstinación de Robespierre, el genio de Carnot y la inflexibilidad de Saint-Just habían llevado la guerra al extranjero.

VI

En el Océano, la república mantenía, si no su poder, al ménos su heroísmo. Sobre la mar, la guerra no es solamente de valor y de número: el hombre no es bastante; son necesarios la madera, el bronce, los aparejos, la maniobra y la disciplina; se improvisa un ejército, pero se crean lentamente las escuadras y los hombres capaces de manejarlas. Nuestra marina, exhausta de oficiales por la emigración, y de buques por el desastre de Tolon, acababa de ser víctima de los insurrectos. La escuadra de Brest, mandada por el almirante Morard de Galles, que cruzaba en las costas de Bretaña, falta de víveres, de municiones y de confianza, se había sublevado contra sus oficiales y les había obligado á volver á Brest, so pretexto de que se la tenía alejada de este puerto para entregarla á los ingleses, como en Tolon.

El comité de salud pública envió tres comisionados á Brest: Prieur de la Marne, Treillard y Jean-Bon Saint-André. Estos aparentaron dar la razón á las tripulaciones y buscar en los jefes de la escuadra imaginarias conspiraciones, estableciendo el Terror en el agua, así como se había establecido en la tierra. Las destituciones, la prisión y la muerte diezmaron los oficiales de nuestra marina. Morard de Galles fué reemplazado por Villaret-Joyeuse, simple capitán de navío, elevado por la insubordinación al rango de jefe de escuadra. Los buques sublevados tuvieron nuevos jefes, y hasta nuevos nombres tomados de los grandes acontecimientos de la revolución.

Mientras tanto, se esperaban de América en las costas del Océano doscientos buques cargados de granos. Villaret-Joyeuse recibió orden para hacer salir de nuevo la escuadra y tenerla á cierta altura en la mar, para proteger la entrada en las aguas francesas de aquellas doscientas velas, y para ejercitar entre tanto las tripulaciones en grandes maniobras. Nuestra escuadra contaba veintiocho navíos de línea, restos imponentes de nuestros armamentos de América y de las Indias. Villa-



Combate de 1.º de Prairial. *El Vengador*.
Pág. 375.

ret-Joyeuse y Jean-Bon Saint-André montaron el navío de ciento treinta cañones llamado *La Montaña*. Apenas la escuadra, majestuosa por su número, por su entusiasmo y por su patriotismo, se había alejado en el mar formada en tres columnas, cuando fué descubierta por el almirante Howe, que cruzaba con treinta y tres navíos ingleses en las costas de Normandía y Bretaña. El almirante francés quería evitar el combate, con arreglo á las órdenes que había recibido, para proteger ante todo el desembarque de los granos sobre nuestro hambriento litoral. El entusiasmo de los marinos, exaltado por la vehemencia revolucionaria de Jean-Bon Saint-André, forzó á Villaret-Joyeuse á hacer lo que no quería. La escuadra bogó por sí misma hácia el combate, movida por aquel impulso popular que arrastraba entonces á nuestros batallones.

Los ingleses fingieron evitarlo en un principio, cebando de este modo la impericia de nuestros representantes. Villaret-Joyeuse por su parte no quería para su escuadra sino el honor del fuego, sin el peligro de un combate naval, esperando satisfacer, disparando unas cuantas andanadas, la sed de gloria de Jean-Bon Saint-André. Sólo las dos retaguardias se empeñaron. El navío francés *El Revolucionario*, medio hecho pedazos y casi sumergido, pudo escaparse de tres navíos ingleses, y entró desarbolado en Rochefort. La noche separó las dos escuadras, que volvieron á verse en cuanto se hizo de día. Tres navíos ingleses, lanzados contra el

centro de la línea francesa, se aferraron como unos brulotes al navío *El Vengador* é incendiaron su aparejo. Se iba ya á empeñar el combate general, cuando una espesa niebla cayó sobre el Océano y envolvió por espacio de dos días á las dos escuadras en una oscuridad que hacía imposible toda maniobra; pero durante esta oscuridad maniobró inapercibido el almirante Howe, poniéndose á barlovento con la escuadra francesa, ventaja inmensa que permitía á la escuadra favorecida aumentar su fuerza y su movilidad con el apoyo que le daba todo un elemento.

Esto era al amanecer del 1.º de Junio de 1794. El cielo estaba despejado, las olas agitadas pero manejables, y el valor era igual por ambas partes, pero más desesperado por parte de los franceses, y más confiado y tranquilo en los enemigos. Algunas voces de *¡Viva la república! ¡Viva la Gran Bretaña!* salieron de las dos escuadras. El viento se agitaba entre ambas á la par de las olas, apagando con su fuerza el eco de las canciones patrióticas de ambas naciones.

El almirante inglés, en vez de abordar de frente á la línea francesa, oblicuó sobre ella cortándola en dos trozos, separó nuestra izquierda y la batió con toda su artillería, mientras que nuestra derecha, teniendo el viento contrario, presencié inmóvil el incendio de sus navíos. Jamás otro ardor semejante llevó unos contra otros los buques de dos pueblos rivales. La madera y las velas parecían arder en la misma impaciencia que ardan los marineros de ambas naciones. Cuatro mil bocas de fuego se respondían mutuamente á tiro de pistola, vomitando una nube de metralla. Las arboladuras estaban destrozadas, las velas ardiendo, y los entrepuentes sembrados de miembros y de los restos de las jarcias. Howe, á bordo del navío *Reina Carlota*, combatía en persona, como en un gran desafío, al navío almirante *La Montaña*. *El Jacobino*, por una falsa maniobra, había dejado un claro en nuestra línea y al descubierto á aquel buque. La izquierda francesa estaba deshecha sin ser vencida. En sus banderas había escrito: *¡La victoria ó la muerte!* El centro había sufrido poco, y la noche ocultó aquella carnicería, que cesó con la venida de sus sombríos velos.

Seis navíos republicanos estaban separados del resto de la escuadra y cercados por los de Howe; el día debía alumbrar su rendición ó su incendio, y el almirante quería salvarlos ó volar con ellos. La reflexión había moderado al representante del pueblo Jean-Bon Saint-André, y la escuadra había hecho bastante por la gloria. Sólo el disputar la victoria era ya un triunfo para la república. El representante mandó tocar retirada. Le acusaron de cobardía, y quisieron arrojarle al agua. El navío *La Montaña* no era ya sino un volcán apagado; había recibido en su costado trescientas balas; todos sus oficiales estaban heridos ó muertos, y sólo un tercio de su tripulación había sobrevivido al combate. El almirante perdió su banco de cuarto, estando sentado en él. Todos los artilleros yacían al pie de las piezas, y lo mismo sucedió en todos los navíos que habían tomado parte en la acción.

El Vengador, rodeado por tres navíos enemigos, combatía aún, á pesar de tener á su capitán partido por medio del cuerpo, mutilados todos sus oficiales, diezmada la tripulación, caídos sus palos, y sus velas hechas cenizas. Los navíos ingleses se separaban de él como de un cadáver cuyas últimas convulsiones pueden ser peligrosas, pero que no pueden ménos de ser mortales. La tripulación, embriagada de sangre y de pólvora, llevó el orgullo del pabellón hasta suicidarse

en masa. Clavó su bandera en el trozo de un palo, se negó á capitular, y esperó á que el agua, que invadía el buque por instantes, le hiciera irse á pique. A medida que el navío se sumergía de puente en puente, la intrépida tripulación disparaba la batería que la mar iba á cubrir. Apagada aquélla, la tripulación subía á la de la parte superior, y descargaba otra andanada sobre el enemigo. En fin, cuando las aguas estaban ya sobre cubierta, estalló la última á nivel del mar, y la tripulación se hundió con el navío al grito de *¡Viva la república!*

Consternados de admiración los ingleses, arrojaron al mar todos sus lanchones y salvaron aún bastante gente. El hijo del ilustre presidente Dupaty, que servía en *El Vengador*, fué recogido y salvado de este modo. La escuadra volvió á Brest como un herido victorioso. La Convención decretó que había merecido bien de la patria, y ordenó que se colocase en las bóvedas del Panteón un modelo de *El Vengador*, estatua naval del buque que había preferido irse á pique á rendirse al enemigo. Los poetas José Chenier y Lebrun le immortalizaron en sus estrofas. El heroico naufragio de *El Vengador* se convirtió en una de las canciones populares de la patria, y fué para nuestros marinos la *Marsellesa* de la mar.

De este modo triunfaba ó se ilustraba en todas partes la república. La Convención convidaba á todas las artes y á todos los ingenios para celebrar los primeros triunfos de la libertad. Como los peligros de 1793 habían tenido su Tirteo en Rouget de Lisle, las victorias de 1794 tuvieron el suyo en José Chenier y en Lebrun. Entónces fué cuando Chenier compuso el *Canto de partida*, cuyas notas respiran el triunfo, así como las de la *Marsella* respiran el furor. Hé aquí el canto:

UN DIPUTADO DEL PUEBLO.

La victoria cantando nos abre la barrera,
La libertad guía nuestros pasos;
Y desde el Norte al Mediodía, la trompa guerrera
Ha anunciado la hora del combate.
¡Temblad, enemigos de la Francia!

La república nos llama.
Sepamos morir, sepamos vencer.
Un frances debe vivir por ella.
¡Por ella un frances debe morir!

CORO DE GUERREROS.

La república, etc.

UNA MADRE DE FAMILIA.

No temais ver salir las lágrimas de nuestros ojos maternos.
¡Léjos de nosotras un dolor cobardo!
Nosotras debemos triunfar cuando vosotros tomeis las armas.

Nosotras os hemos dado la vida,
Guerreros, esa vida no es vuestra:
Todos vuestros días son de la patria.
Ella es vuestra madre ántes que nosotras.

CORO DE MADRES DE FAMILIA.

La república, etc.

El horizonte se aclaraba en todas nuestras fronteras, mientras que se oscurecía más cada día en París. La sangre de las víctimas se mezclaba con la sangre de los defensores de la patria.

VII

Cuanto más terrible se había mostrado el comité de salud pública con el partido de Hebert y de Danton, tanto más obligado se creía á mostrarse implacable con los sospechosos de todas las opiniones. Sólo el terror podía, según sus ideas, servir de excusa al Terror. Después de haber descargado sobre los más ilustres fundadores de la república, era necesario que se le creyese inexorable con sus enemigos. El único resorte del gobierno era la guillotina. No se le dejaba el poder al comité sino á trueque de conceder al pueblo todas las víctimas que quisiese pedirle. Entre los miembros de aquél, unos, como Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Barere, erigían aquella ferocidad en sistema y se cubrían con su impasibilidad; los otros, como Couthon, Saint-Just y Robespierre, cerraban los ojos y concedían la sangre al pueblo para aficionarle á la república halagando sus malos instintos, haciéndose á sí mismos una gran fuerza hasta persuadirse que impedirían á la revolución que degenerase en la anarquía, apoyando la república en el cadalso. Se lisonjeaban quiméricamente estos hombres de sacar de la misma sangre la fuerza necesaria para restañar la sangre; porque quizá ninguno de ellos quería por sistema empapar en ella su mano ni manchar su nombre. Pero una vez lanzado el Terror, pensaban que debía arrebatarse todo hombre que fuese el primero que intentase detenerle en su carrera.

El ejemplo de los girondinos, de Danton y de Camilo Desmoulins era demasiado reciente para ser olvidado con facilidad. Robespierre y sus amigos espían la hora de poder contener aquella carnicería; los Jacobinos les espían también, y la hora propicia no se presentaba nunca. Era necesario, decían éstos, deshacerse de tales ó cuales hombres, sospechosos, peligrosos ó feroces. Couthon, Saint-Just y Robespierre daban largas á la clemencia, se cubrían con el velo de la justicia y transigían con el cadalso. Su crimen no consistía tanto en sufrir el Terror como en haberle creado. Entre tanto, éste sacrificaba sin elección, sin justicia y sin piedad las cabezas más cultas al par de las más oscuras. La guillotina estaba al nivel de todos los cuellos y segaba indistintamente todos los rangos. La filosofía de Robespierre se convertía en un asesinato permanente. El abismo le arrastraba. ¡Lección terrible para quien da el primer paso más allá de su conciencia y de la justicia!

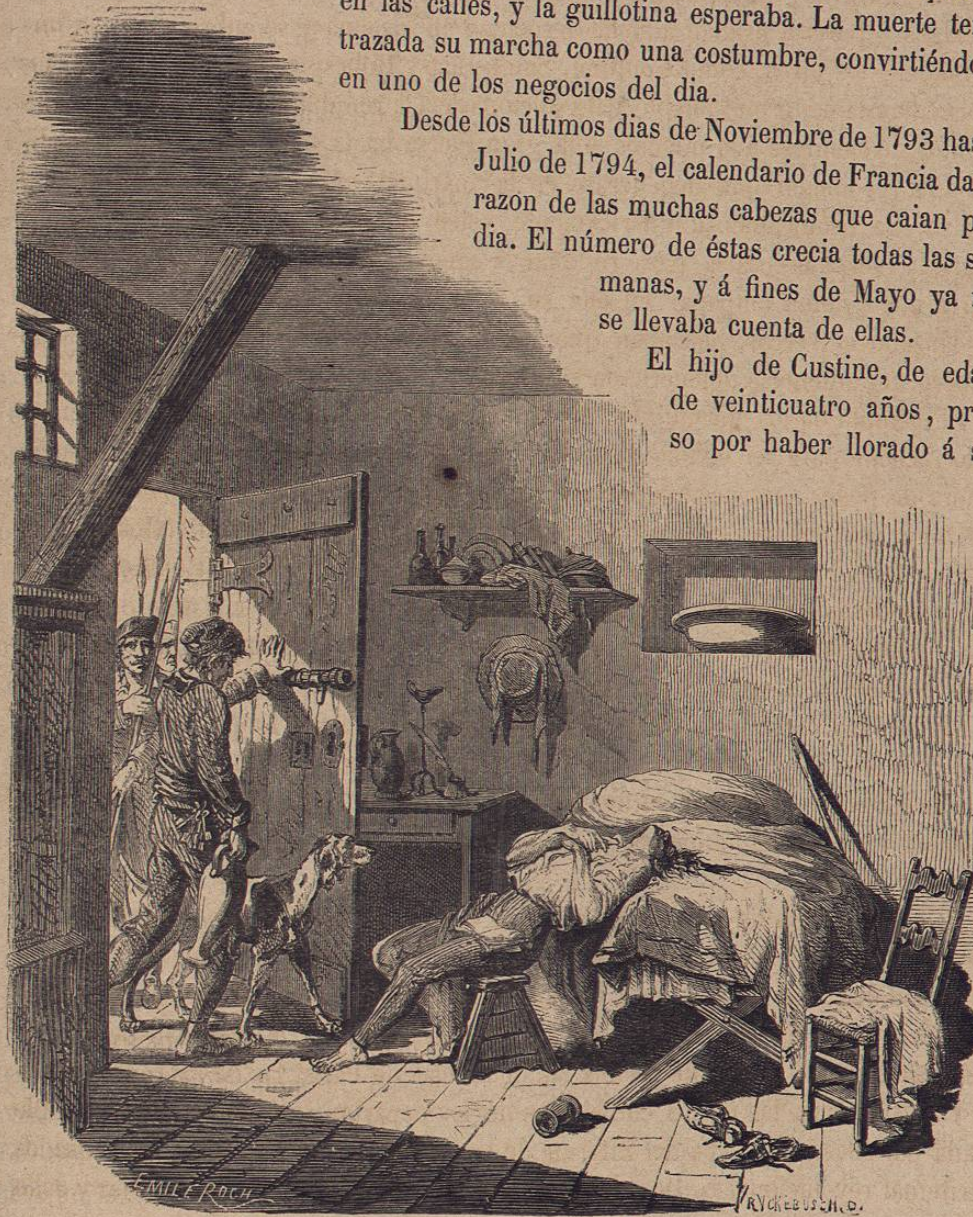
El comité de salud pública no se había reservado en la distribución de los juicios y de los suplicios sino una especie de función mecánica reducida á una siniestra formalidad; denunciaba rara vez por sí mismo, á no ser en aquellas circunstancias solemnes en que los procesos adquirían el color y la gravedad de los crímenes de Estado. El comité recibía las denuncias de París, las de los representantes comisionados, las de los clubs y las de los departamentos; pasaba una simple ojeada por ellas, ó se fiaba del informe de sus miembros, y enviaba á los acusados al tribunal revolucionario. De este modo, no cabían ya los presos en las diez y ocho cárceles de París. Los nombres, los documentos y las delaciones de éstos llena-

ban el archivo de *Fabricio* y los cartapacios de Fouquier-Tinville. Cada tarde, el acusador público se presentaba en el comité á recibir órdenes. Si éste quería una ejecución urgente, remitía á Fouquier-Tinville la lista de los acusados cuyo juicio necesitaba apresurar. Si el comité no tenía ninguna cabeza de importancia que cortar, dejaba á Fouquier-Tinville que agotase, bien por el orden de la lista, ó bien á la casualidad, los innumerables nombres que contenía, entendiéndose el acusador público con el presidente del tribunal, asociando en masa ó por analogía de acusación los presos, las más de las veces extraños los unos á los otros. El redactaba y sostenía la acusación y disponía la ejecución inmediata de los sentenciados.

Este mecanismo de asesinato marchaba por sí solo. Se buscaban las carretas en proporción al número de los que se calculaba serían sentenciados, y á una hora marcada esperaban en el patio del palacio de justicia. Las *insultadoras* públicas rodeaban las carretas, los ejecutores bebían en las cantinas, el pueblo se apiñaba en las calles, y la guillotina esperaba. La muerte tenía trazada su marcha como una costumbre, convirtiéndose en uno de los negocios del día.

Desde los últimos días de Noviembre de 1793 hasta Julio de 1794, el calendario de Francia daba razón de las muchas cabezas que caían por día. El número de éstas crecía todas las semanas, y á fines de Mayo ya no se llevaba cuenta de ellas.

El hijo de Custine, de edad de veinticuatro años, preso por haber llorado á su



Muerte de Condorcet.—Pág. 381.